



REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

ÉPOCA II.—NÚM. X.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 14 de Setiembre de 1875.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, librería de la Aurora, Navas, 24.

SUMARIO.

La luz, por D. José Selgas.—¡Solo un Dios y solo un culto! novela de costumbres, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—El padre, poesia, por don Manuel Catalina.—El palacio de Montsabrey, novela.—Seccion infantil, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—Variedades

LA LUZ.

En el principio del mundo dijo Dios: *Fiat lux*, y la luz fué.

Las tinieblas, sorprendidas, se miraron, quisieron verse y huyeron espantadas de sí mismas.

Desde entonces la oscuridad vuelve la espalda á la luz como una mujer fea á su espejo.

El Universo abrió los ojos como un niño que nace, se vió brillante como una esperanza y se engalanó como una mujer hermosa.

La tierra, palpitando de alegría, se lanzó en el espacio y comenzó á dar vueltas alrededor del sol como una mariposa alrededor de una lámpara.

De este prodigio hace seis mil años, y cosa extraña, todavía no se sabe qué cosa es la luz.

Y debia saberse, porque nada hay en el mundo que el hombre pueda ver con más claridad que la luz.

La verdad es que debe ser muy rica.

Por de pronto es inagotable.

Si viene del sol es un torrente de oro.

Si viene de la luna, es un manantial de plata.

Para salir por las mañanas se viste de nácar.

Para retirarse por las tardes, toda ella es de púrpura.

Siempre va de prisa, á nadie espera y en diez segundos corre treinta y cuatro millones de leguas.

La sombra anda siempre buscando un objeto á que ampararse para mirarla.

La luz es una niña.

Dadla un pedazo de cristal y la vereis volverse loca.

Vereis con qué rapidez pasa de un color á otro: esos son sus juegos.

Ella coge al dia de la mano y lo lleva de

Oriente á Occidente: esa es su obligacion.

En las nubes hace prodigios de habilidad.

Ella las borda, las matiza, las recorta; de una hace un velo de gasa; de otra hace un manto de púrpura; de otra un espléndido cortinaje recamado de oro: esas son sus labores.

El arco iris es suyo.

Un dia apareció el cielo enojado; su frente, coronada de nubes, revelaba la profundidad de su pena.

La luz, que es toda alegría, se afanaba en vano por disipar su oscura tristeza.

Al fin el cielo rompió en llorar.

Estaba inconsolable.

Cuarenta dias y cuarenta noches sus ojos fueron un torrente de lágrimas.

La tierra se anegaba en las ondas de aquel llanto inmenso.

La luz se deshacia buscando una salida oportuna, pero el cielo estaba sombrío y la oscuridad le cerraba el paso por todas partes.

Afiló entonces uno de sus rayos más puros, lo lanzó en medio de la oscuridad, y las nubes se abrieron y bordó en seguida, sobre el aire húmedo todavía, un arco de triunfo.

Es muy caprichosa; las auroras boreales son unos caprichos que no tienen explicacion.

Ella hace azul al aire, trasparente el agua, sonrosado el cielo.

Es una cosa clara y oscura al mismo tiempo; se la ve y no se la entiende.

La ciencia dice que es una sustancia; la poesia que es la mirada del cielo.

Lo único que se sabe es que los ojos la reciben con alegría y que el alma se asoma á ellos solo por verla.

La luz tiene un punto de vista moral. Se pueden observar en ella una multitud de cualidades que parecen propias del hombre.

En primer lugar es activa.

Apenas amanece ya está en la calle: ni el frio la detiene, ni el calor la enerva.

Conviene advertir que su calle es el Universo.

De las mujeres ha tomado la curiosidad.

Siempre está mirando por las cerraduras de las puertas y por las junturas de los balcones.

¡Con qué afan se agolpa á una ventana entreabierta!

Yo creo que la mayor parte de los cristales que se rompen lo hacen de cólera al ver que no pueden contenerla.

De todo quiere enterarse: sea donde quiera que entre, todo lo abarca de una ojeada.

Es soberanamente artista; nadie como ella conoce las leyes de la perspectiva; al momento se penetra de la posicion de cada uno y solo le deja ver lo rigurosamente lógico; y con un tino verdaderamente inspirado solo nos indica los puntos que debemos ver.

Pero tambien es cruelmente burlona: para la caricatura tiene una chispa envidiable.

De todo se rie.

En el lienzo de una pared, sobre una alfombra, sobre las piedras de las calles, sobre la tierra desnuda, en cualquier parte, dibuja con pasmosa rapidez cuantos objetos se le ponen delante.

¿Quién no se ha reido alguna vez de su sombra?

La mujer más bella se ve muchas veces obligada á cambiar de postura, porque la luz implacable se empeña en delinear sobre la pared inmediata su perfil grotesco.

El amante más ciego puede ver en esa caricatura un retrato; y el amor, que perdona las inconsecuencias, las infidelidades y las ingratitudes, suele ser muy severo con las incorrecciones de un perfil arrojado sobre la pared por un rayo de luz mal intencionado.

La luz miente como los poetas, como los artistas, como las mujeres. Su procedimiento está reducido á exagerar la verdad.

¡Y cómo sabe vivir!

Siempre toma el color del objeto por donde pasa.

Cuando no puede penetrar, dobla sin esfuerzo sus incansables rayos y se lanza en todas direcciones.

Se hunde en el agua y no se apaga, ni siquiera se moja.

Delante de los espejos atrae las miradas de todos, se apodera de nuestros ojos y se lanza sobre el cristal impenetrable para presentarnos á nosotros mismos.

Entonces se refleja en nuestro pensamiento la más absurda de las verdades.

Cada uno dice para sí: «Aquel soy yo.

Pero su empeño es hacernos creer que ha penetrado al través de la capa de azogue que le corta el paso.

El sofisma de que se vale es verdaderamente deslumbrador.

Si la luz no ha atravesado el espejo, ¿cómo puede uno ver su imágen al otro lado del cristal?

Se presta con facilidad á una verdadera especulacion que produce en el acto el ciento por ciento.

Para doblar un capital cualquiera, no hay más que colocarlo delante de un espejo.

Pero donde hay que admirar más á la luz es en la flexibilidad con que se amolda á todas las situaciones.

Ved qué sombría penetra en el fondo de un calabozo, qué funebre aparece alrededor de un moribundo, qué risueña se muestra en los ojos de las gentes felices, qué misteriosamente se derrama por las bóvedas solitarias de los templos.

Antes que se inventaran los telégrafos, habia ella puesto en comunicacion con más rapidez que la chispa eléctrica los dos polos de la humanidad.

Por medio del relámpago de una mirada, se entienden desde el principio del mundo el alma del hombre y el corazón de la mujer.

Tantos siglos empleados para dar aplicacion á la electricidad, cuando basta abrir los ojos para dar aplicacion á la luz.

Dos amantes juntan sus almas en un rayo de luz que parte á un mismo tiempo de dos miradas opuestas.

Y es incomprendible que el amor, que siempre busca el misterio y la oscuridad, se confie á las imprudencias de un rayo de luz.

Es que los amantes se entienden mucho mejor mirándose que hablando.

En las palabras se refleja el talento, y en las miradas el alma.

Tambien la luz es débil: huye de los ciegos como el oro de los pobres.

En presencia de un brillante no puede contenerse, y se deshace sobre la piedra preciosa, bañándola con los movibles reflejos de todos sus colores. Sobre los vestidos rotos y manchados se detiene solo para gritar: hé aquí un roto, hé aquí una mancha.

Al mismo tiempo se deja caer con delicada suavidad sobre las faldas de seda, cubriéndolas con aduladora cortesía de caprichosas aguas.

Á ella no se la puede ocultar la primera cana, ni para ella tiene disimulo la primera arruga.

La luz viene á ser en la naturaleza lo que la razon en la inteligencia.

Lo mismo que la razon, la luz puede ser natural y artificial.

A la luz del gas las mujeres feas se embellecen, como á la luz del sofisma los errores brillan.

Todos los secretos de la mecánica consisten en el punto de apoyo, todos los secretos de la razon consisten en el punto de vista.

— Ese magnífico lienzo que se llama el *Pasmo de Sicilia*, será una mezcla confusa de líneas y colores ó una creacion asombrosa segun desde el punto que se le mire.

— El hombre ha inventado la luz artificial, la ha sacado de la luz natural; del mismo modo que ha inventado las verdades artificiales, sacándolas de la verdad suprema.

— El sol aparece todos los dias iluminando el espacio para enseñarnos el cielo.

— En Madrid se enciende el gas todas las noches para que veamos la tierra.

— El hombre es á Dios, lo que una caja de fósforos es al sol.

— La soberbia humana puede tambien escribir su *Génesis*.

— Puede empezar de esta manera:

— Un dia dijo el hombre: *Fiat lux* y los fósforos fueron.

— De aqui parte un golpe de luz que nos ilumina perfectamente.

— La luz inventada por los hombres vale más que la luz creada por Dios: vamos á verlo.

— Mil rayos de sol no cuestan nada, una sola caja de fósforos cuesta dos cuartos.

¿Se puede ver más?

JOSÉ SELGAS.

— SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuacion.)

—Entonces, ¿por qué te has levantado más temprano que otros dias?

—Yo...

—Y ahora que reparo, no has cuidado tus flores ni tus pájaros.

—Ah! tiene V. razon, es que ahora iba...

—No te olvides nunca de ellos, hija mia. Carlos lo sentiria mucho, puesto que ambas cosas son regalo suyo.

—Oh! ya lo sé.

—Te quiere con extremo, y yo me complazco en ver que tú le amas tambien: ¿es cierto?

—Con todo mi corazón; ¿no es por ventura mi hermano adoptivo?

—Sí, puesto que á ambos os miro como á hijos míos.

—Carlos es muy bueno para mí.

—Es un noble jóven, hija mia: es un corazón leal y honrado, lleno de abnegacion y de rectitud. Si su padre viviese, estaria satisfecho de él. ¡Pobre general!

—No se entristezca V., padre mio, me causa tanto pesar verle afligido!

—Tienes razon, olvidemos el pasado y pensemos solo en el presente.... en tí, Elena mia, en tí y en Carlos, que sereis el apoyo de mi vejez.

La niña besó los cabellos blancos del anciano, haciendo disipar con sus caricias la nube de tristeza que empezaba á oscurecer su frente.

Al cabo de algun tiempo Elena quedó sola, y ya empezaba á olvidar un momento sus impresiones del dia anterior, cuando se dirigió al balcon y miró maquinalmente hácia la calle.

En aquel instante un precioso ramo de jazmines, sujeto con una cinta verde, cayó á sus piés, haciéndola dar un ligero grito.

Ella le alzó del suelo, y miró con afán entorno buscando la mano que le arrojaba aquellas flores.

A nadie vió sin embargo, pero el corazon le dijo de quién provenian.

Estrechólas entre sus dedos y sintió que un objeto extraño se ocultaba entre la cinta.

Era un pequeño papel plegado en mil dobleces y medio perdido entre los jazmines.

Elena le abrió con mano temblorosa y halló en él escritas estas solas palabras:

«Para un ángel, menos bello y menos puro que esas flores blancas y perfumadas.»

Aunque aquellas líneas no estaban firmadas, Elena creyó leer el nombre de Ricardo al pié de ellas.

Ni por un instante dudó de que así seria, y no pensó que otro ninguno pudiera hablarla de aquel modo.

Carlos la habia llevado flores mil veces. Sabia todas las que ella preferia, y jamás faltaba en la mesa de su tocador un lindo ramo cada dia.

Pero él, en la rectitud de su carácter se las ofrecia delante de D. Martin, sin reserva alguna, y sin el misterio de que aquellas estaban rodeadas.

La niña guardó el papel y puso las flores sobre su pecho, sin pensar, ¡jay! que en su cáliz encerrarian más tarde muchas lágrimas!

IV.

Al domingo siguiente, Ricardo salió más temprano que Carlos, y se dirigió á casa de Elena.

La niña palideció al verle.

—Todavía el que llamaba su hermano no estaba allí, y D. Martin leia tranquilamente á un extremo de la estancia.

Los jóvenes pudieron cruzar algunas pala-

bras que, llenas de un encanto indescriptible, nadie sino ellos pudo oír.

Ricardo era fino, instruido, galante: poseia una de esas figuras simpáticas y agradables que se hacen admirar donde quiera por esa perfecta distincion de los modales, por esa gracia escogida de la mirada y la sonrisa, por ese conjunto que presentan unidos el talento y la educacion.

Aunque inglés de nacimiento, habia pasado sus primeros años bajo el brillante cielo de nuestra hermosa España y al calor del espléndido sol meridional; habia perdido esa frialdad, esa rigidez afectada y esa excéntrica gravedad que distingue á los hijos de la nebulosa Albion.

Por otra parte, poseia un corazon de sentimientos tan llenos de elevacion y dignidad, que la persona más exigente solo hubiera encontrado en él un defecto, y ese defecto casi independiente de su voluntad: la diferencia de religion, puesto que Ricardo era protestante como sus padres y como todos sus ilustres antecesores.

Elena, al verle por primera vez, ni supo ni adivinó siquiera esta diferencia.

Niña, inocente y de un carácter amante y confiado, solo vió en Ricardo la realizacion de sus ensueños, y dominada por una influencia superior á su razon, le amó sin darse cuenta de ello, con uno de esos amores que al brotar en el alma deciden del porvenir y llenan la vida entera.

En su inexperiencia, en la sencillez de sus pocos años, Elena no supo ocultar sus impresiones, y Ricardo leyó á través del cristal de sus azules ojos todo un poema de pasion y sentimiento desbordándose de aquel corazon immaculado y puro.

Con una palabra, con una sola mirada se confundieron aquellas dos almas amantes ambas y ambas enamoradas.

Cuando Carlos penetró aquel dia en la casa de su padrino, sus esperanzas, sus ilusiones, sus sueños de amor habian quedado destruidos y deshechos acaso para siempre.

Él, sin embargo, nada sospechó.

Siguió tratando á la niña con la misma confianza, con el mismo abandono que hasta allí.

Así pasaron algunos dias.

Sir Ricardo, que habia abandonado por frecuentar la casa de Elena las fiestas más espléndidas, las reuniones más aristocráticas, quiso en fin saber de una manera cierta el lugar que ocupaba en su corazon, y se decidió á interrogarla de una manera explícita y franca.

Como hasta entonces solo una frase conteni-

da, una mirada furtiva, una sonrisa, una flor habian sido los únicos intérpretes de aquel oculto cariño: como la presencia de Carlos y del anciano señor de Castro habian presidido las entrevistas de los dos jóvenes, Dervil se decidió á escribir á su amada manifestándola su pasion.

Un billete puede deslizarse con facilidad entre unos dedos que se tocan al despedirse; en un libro, entre un ramillete.

Esto hizo Ricardo, despues de haber estado una tarde entera llenando cuartillas de papel fino y perfumado, sin que ninguna de las frases que estampaba en él le dejara satisfecho de haber manifestado con exactitud el estado de su espíritu.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

EL PADRE.

IMITACION.

Beodo siempre llegaba
y con tenáz insistencia
á la mujer golpeaba;
ella, el trato soportaba
con glacial indiferencia.

De aquel connubio grosero,
—más que de alma, de materia—
no fué el amor el tercero;
fué *el vicio* el casamentero,
la madrina, *la miseria*.

La mujer en su afliccion
sufria ultraje y reproche
con hosca resignacion,
por no tener un rincon
en donde pasar la noche.

Y en corolario terrible
aquella pareja extraña
vivian su vida horrible,
el hombre siempre irascible
y la mujer siempre huraña.

El gemido y el lamento,
el terrible juramento
y la blasfemia sin nombre,
señalaban el momento
de la entrada de aquel hombre.

Para colmo de su afan,
en una noche de Enero
sin lumbre, sin luz, sin pan,
en medio de un huracan
les nació un niño hechicero.
¡Pura, nacarada frente
expuesta al soplo del mundo,
bautizada solamente

por un beso negligente
de aquel labio nauseabundo!

El hombre, al siguiente dia
vino á casa más temprano,
embriagado todavía;
ella al infante mecía,
él no levantó la mano.

Sintiéndole ella tornar,
le dijo con tono fiero:

—«Qué! ¿no acabas de llegar?

¿no me vienes á pegar?

Sacude fuerte: ¡aquí espero!

¿Es el hambre más escasa?

¿El frio es menos cruel?

Y, como siempre te pasa,

¿no vienes hoy á tu casa

repleto como un tonel?»

Y el hombre feroz, muy quedo,
mas con salvaje cariño,
poniendo en la boca el dedo
dijo:—«¡Calla! ¡tengo miedo
de que se despierte el niño!»

MANUEL CATALINA.

EL PALACIO DE MONTSABREY.

CONTINUACION.

VII.

La vida del palacio, turbada un momento por aquella recaida imprevista, volvió á seguir su curso acostumbrado. El estudio, la amistad y la conversacion compartian el tiempo de Lucila: no se cansaba de hacer preguntas á Federico acerca de su madre, su hermana y sus primeros trabajos: queria saber lo que le habia llevado á San Mauricio, y cómo habia vivido hasta entonces. Federico referia alegremente sus primeras pruebas y sus primeros trabajos: hablaba de su arte con calor, y manifestaba con ingenuidad su pobreza altiva y laboriosa. Venia luego la relacion de su viaje: Lucila le seguia sonriéndose por los caminos llenos de polvo y por los senderos cubiertos de verdor. Bosquejaba de un modo encantador todos los originales que se habian presentado ante su vista, y cuyos semblantes heteróclitos, copiados con desapiadada fidelidad, habian compuesto el dote de su hermana: su llegada á casa de su anciana madre, el matrimonio de los prometidos esposos, sus poéticas excursiones por las orillas del Creuse, su entrada en San Mauricio y su mansion en el *Aguila de Oro*;

en fin, nada omitía, y todo lo contaba con gracia. No olvidó tampoco el estandarte del santo patrono roído por los ratones indiscretos. Lucila, á pesar de su respeto al buen cura, no pudo contener una sonrisa al oír la narración de aquel episodio. Pero sobre todo se interesaba por aquella hermana joven á quien no conocía, y hacia que le repitiesen sin cesar la dicha del reciente matrimonio.

—Quiero conocer á vuestra hermana, traédmela, ó cuando mi madre vuelva iremos á hacerla una visita. La amaré mucho, decía; ¿creéis que ella también me querrá?

Con frecuencia la conversacion tomaba un carácter más sério. Menos por satisfacer la curiosidad de Lucila que por hacer fecunda aquella alma virginal, los dos ancianos hablaban gravemente de su existencia, modesta, pero dedicada enteramente al socorro de los desgraciados. Al escucharlos, Lucila comprendía la santidad de la abnegación y la grandeza de la religion: su corazón se iniciaba con deleite en los secretos de la beneficencia. Luego, á su vez, refería todo lo que habia pasado, y lo que habia sentido antes de entrar en la vida comun.

—Era un estado muy extraño de que en vano intentaría daros cuenta. Todo lo comprendía y conocía el precio de los afectuosos cuidados que me prodigaban; me hallaba muy reconocida al cariño con que velaban á mi lado, y hubiera querido corresponder á las caricias de mi madre; pero no encontraba palabras para expresar los sentimientos y las ideas que se agitaban y zumbaban en mí, como un enjambre que trabaja en su colmena. ¡Cuán bondadoso habeis sido, doctor, con esta niña! Y vos, añadió dirigiéndose al párroco, os amaba y no podia decíroslo. Continuamente oía en mi seno como el murmullo de un manantial que busca una salida, y no puede atravesar la peña. Si trataba de romper el silencio, los esfuerzos redoblaban el tumulto de mis pensamientos: la vida me sofocaba, y la lucha terminaba por el fallecimiento. No me seria posible expresar lo que he sufrido. Cuando mi madre me abrazaba las rodillas y me decía: ¿me oyes? ¿respóndeme!... me parecia que mi corazón iba á romperse, y caía inanimada y como hundida por mi impotencia. No me encontraba bien sino cuando estaba sola, y amaba la naturaleza que me lo daba todo sin exigirme nada. No tengo más que un recuerdo confuso de aquellos años dolorosos, y la imagen de lo pasado no es para mí más que un sueño, cuyos fantasmas diseminados me cuesta mucho trabajo reunir. Mi vida ha comenzado el día que os he visto al tiempo de despertarme.

Y Lucila fijaba en Federico una mirada de reconocimiento.

El doctor escuchaba aquella ingenua relación, como hubiera escuchado la lección de un maestro. Al sentimiento de la curiosidad satisfecha, se mezclaba en él otro sentimiento de orgullo, y se felicitaba de haber adivinado lo que Lucila acababa de referir.

(Se continuará.)

SECCION INFANTIL.

CORONA DE LA INFANCIA.

EL VELO BLANCO.

(Continuacion.)

Una imagen de la Madre de Dios se ostentaba en medio del altar rodeada de luces y flores.

Mercedes fijó sus ojos en ella, y por una ilusión acaso de su imaginación ó por un efecto de su conciencia le pareció que la mirada de la Virgen se fijaba en ella con tristeza y pesar: bajó sus ojos estremecida, y no se atrevió á volverlos á alzar del libro que tenia en la mano.

Llegó la hora de acercarse al confesonario y de descubrir al ministro de Dios los secretos más ocultos del alma, y Mercedes se arrodilló y empezó la confesion de sus faltas.

Durante ella, la culpa que habia resuelto callar subió mil veces de su corazón á sus labios, pero otras tantas volvió á esconderse en aquel pecho, quedando muda su boca.

Á las repetidas preguntas del ministro de Dios, respondió Mercedes siempre, diciendo que de nada más se acordaba, y despues de una dulce exhortación por parte de aquel, recibió la absolución y se levantó del confesonario para esperar á que acabasen también sus compañeras.

La niña, impresionada por las palabras del sacerdote y turbada por la voz de su conciencia, fué á colocarse en el rincón más oscuro del templo, pues se le figuraba que todos iban á leer en su semblante la culpa que acababa de cometer, callando advertidamente un pecado.

Desde el sitio en que se hallaba divisaba el hermoso rostro de la Virgen, que, iluminado por un torrente de luz, parecia fijar en ella una triste mirada y mover los purísimos labios como para dirigirla una reconvención.

Mercedes apartó su mirada de la santa imagen y empezó á leer en su libro, cuyos renglo-

nes empezaron á oscurecerse ante sus azorados ojos.

De pronto cesó la música, desaparecieron las flores, las luces se extinguieron, y todo quedó oscuro y sombrío en torno de la culpable niña.

Solo á lo lejos é iluminada por una trasparente claridad, distinguía á la Santísima María, triste, llorosa, mirándola con dolor y serenidad.

En medio de su trastorno, Mercedes vió alzarse ante el altar una figura vaga é indecisa, envuelta en un ligero y blanco sudario.

La niña quiso lanzar un grito, pero su voz quedó ahogada en la garganta, porque en aquella sombra misteriosa acababa de reconocer las facciones pálidas y desencajadas de su pobre madre.

El espanto hacia temblar á Mercedes; pero por más terrible que era el miedo que la dominaba, pudo oír un acento imperceptible, angustioso, que resonando en las naves del desierto templo murmuraba con afán:—«Perdon! perdon!» y una voz severa, vibrante, indefinible, que respondía haciendo estremecer á Mercedes:—No, no puede haber perdon donde no hay arrepentimiento; no puede haber perdon de una culpa que se calla y se oculta; no puede haber perdon para la sacrilega que se acerca mintiendo al pié del altar!»

Y la infeliz niña miró caer secas y marchitadas las flores que adornaban sus sienes, y sintió que el blanco velo se desgarraba sobre su frente, y que una mano invisible, pero fuerte y segura, la separaba del ara donde se habia querido arrodillar, y la arrojaba de aquel templo, cerrándole el paso sin saber cómo.

Mercedes se vió perdida, condenada para siempre á expiar sus culpas lejos de la vista de Dios, lejos de la purísima Virgen María, lejos de aquella madre cuya alma habia venido á rogar por ella.

Entonces se arrepintió de lo que habia hecho, lloró con lágrimas de fuego aquella mentida vergüenza que habia sellado sus labios y quiso extender sus manos implorando misericordia; pero no podia moverse y quedaba clavada en su puesto inmóvil y fria como una estatua.

En aquel instante, en medio de aquella aflicción, sintió que tocaban su hombro, y que una voz dulce y cariñosa decia á su oído:

—Despiértate, hija mia, te has dormido rezando!

Era su buena directora, que arrodillada junto á ella acababa de poner un término á aquel terrible sueño.

Á aquel sueño en que Dios habia querido mostrarle lo culpable de su silencio!

—Vamos, la dijo una de sus compañeras, todas hemos concluido; se acerca el momento más grande de nuestra vida, vamos á recibir á Dios.

—Aguarda, exclamó Mercedes deshecha en lágrimas; aguarda, que aun no soy digna de ese favor.

Y ocupando de nuevo un lugar en el tribunal de la penitencia, reveló al sacerdote cuanto acababa de pasarle, confesando á la par todos sus pecados, sin callar esta vez uno solo.

La misericordia divina es muy grande! no hay crimen ni error que no alcance á perdonar, y Mercedes quedó absuelta y purificada.

Un instante despues, entre el brillo de cien blandones, entre el aroma del incienso que en olorosas nubes se perdía entre las bóvedas del templo, entre la armonía de la música sagrada, la niña recibía en su pecho limpio y puro de toda mancha, el cuerpo de Aquel que descendió á la tierra á salvarnos, que como prueba de inefable amor quiso unirse con nosotros en el augusto Sacramento, y que valiéndose de aquel misterioso sueño le habia hecho conocer que no hay perdon para nosotros si en la confesion llamamos deliberadamente un solo pecado.

(Se concluirá.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

VARIEDADES.

MARÍA,

AMOR DE LOS AMORES.

I.

Érase durante el verano del año 186...

Un excelente jóven, íntimo amigo mio, estaba enfermo de gravedad, y yo, turnando con otros amigos y parientes suyos, velé algunas noches á la cabecera de su cama.

Generalmente éramos dos los que á hacer la vela nos quedábamos; pero daba la coincidencia de que casi siempre el que me tocaba por compañero acabase por dormirse buenamente á las dos horas escasas de comenzada la vela.

Yo no me dormía: queria mucho á mi Julio, y me hacia un deber el permanecer casi constantemente á su lado.

Una noche, cuando yo me le figuraba dormido, observé que volvía la cabeza y fijaba en mí su melancólica mirada.

—¿No tienes sueño? me preguntó á media voz.

—¿Qué he de tener? le contesté.

—Pues si no tienes sueño, paréceme que estás caviloso.

—No diré que no lo esté un poco. No se oye un alma, y luego te creía dormido, y es natural que cuando uno se figura estar relativa ó absolutamente solo se ponga á pensar.

—Y... ¿podría yo saber en qué estabas pensando?

—¿Por qué no? Estaba pensando en tu enfermedad y en mi salud...

—Y establecias un paralelo entre esta y aquella; y... me compadecias, y te felicitabas...

—No, respondí meneando la cabeza, ni me felicitaba, ni te compadecia: pensaba únicamente en que Dios es verdaderamente incomprensible.

—Más vale así; porque al fin y al cabo no soy yo tan digno de lástima como cuantos vienen á visitarme se figuran...

Y sacando de debajo de las sábanas una de sus manos, cogió la mia derecha, y añadió:

—Oye, Luis: tú y yo somos poetas, somos cristianos y somos amigos; ¿quieres que te hable de mi corazon?

Dos lágrimas humedecieron mis párpados al contestarle afirmativamente, porque aquel mi buen amigo debía morir precisamente porque tenia corazon.

—¿Te acuerdas, prosiguió mi amigo, de los primeros versos que te enseñé, para que me dijeras qué tal te parecían? Estaban dedicados á una niña, y aunque en ellos no mencionaba su nombre, tú me lo adivinaste desde luego.

Yo amaba á aquella niña, y ella tambien entonces me quería bastante; hasta llegué á formarme la ilusion de que idolatraba en mí.

No era verdad, pero me lo parecia, y tú ya sabes que la ilusion basta á veces para la felicidad del corazon.

En esta creencia y con el ánsia de poder en lo más posible abreviar el tiempo que en hacerla mia tardar pudiese, dejé la poesia para dedicarme al trabajo.

Trabajé con afan, con frenesí, con delirio.

Y cuando me juzgué bastante capaz para ganar lo que necesitar pudiese para atender á *nuestras cosas*, dije á mi padre lo que él habia ya podido adivinar hacia bastante tiempo.

Mas mi padre hizo como que se enfadaba, y quiso disuadirme poniendo á mi vista la diferencia de posicion que nos separaba á ella y á mí, y acabó por declarar secamente que jamás me daría su autorizacion para unirme á una *muchachuela* como aquella.

Herido en el alma, me acordé de mi madre, y á ella fui á contarle cuanto acababa de acontecer.

Ella, que es tan buena, prometió trabajar en favor de mi deséo.

Y cumplió cual habia prometido, y estuvo por obtener lo que yo deseaba, cuando un día la niña en quien yo cifrara mi dicha toda, olvidó sus juramentos para hacérselos tal vez iguales á otro que hasta entonces habia sido mi mejor amigo.

Tú no sabias esta historia que en breves palabras te he contado, pero la adivinaste un día.

¿Recuerdas lo que aquel día me contestaste?

«Julio, me dijiste, sabrás que, contadas excepciones, no hay más que dos mujeres á quienes se pueda amar sin reserva, y cuyo amor jamás se pierde: la una habita en el cielo al lado de Dios, y la otra aquí en la tierra y al lado nuestro.»

III.

Detúvose mi amigo unos instantes, y pareció concentrarse.

Yo respeté su silencio, esperando lo que á este primer período de la historia de su corazon debía seguir. No se hizo esperar.

Apretó Julio mi mano, que no habia aun soltado, y

prosiguió dando un tono distinto á sus palabras:

—Explicarte el bien que aquella respuesta me hizo, imposible es, porque no se puede explicar bien lo que se siente con intensidad.

Estudié á mi madre, y ví que realmente era su amor distinto de todos los demás amores.

Finezas, solicitudes, desvelos, incomodidades, todo lo llevaba mi madre con una sencillez que no podia dar lugar á duda alguna.

Dos años han pasado desde entonces, y yo he estado casi constantemente enfermo.

Mis amigos han acabado por dejar de invitarme á sus paseos, mis parientes cumplen por deber lo que no harian si este deber no tuviesen.

Únicamente mi madre permanece constante á mi lado sin cansancio, sin quejas.

Despues repasé en mi memoria los hechos más culminantes de mi vida.

Recordé mi niñez y acudieron á mi memoria aquellas bellísimas plegarias que esa misma madre mia me habia enseñado á balbucear.

Busqué en mi vida de jóven, y se me fueron presentando uno tras otro un sinnúmero de hechos en los cuales habian jugado el primer papel, muchas veces sin tan siquiera yo imaginarlo, aquellas mismas plegarias que una madre me enseñara á dirigir á otra Madre.

Y sin que crea ofender á la que me dió el ser, debo decirte que acabé por convencerme de que no habia verdaderamente amor tan grande como el de madre, y de que puestos en parangon el de las dos que para con nosotros llevan este dulce nombre, es mil veces más grande, más bello, más intenso el de Aquella que allá en el cielo nos espera.

IV.

Y Julio me refirió una porcion de pequeñas y deliciosas historietas, bellísimos capítulos de su historia, en cada uno de los cuales sobresalía, como brillante estrella en nublado cielo, el amor de María, la amantísima Reina de los corazones.

Y en lugar preferente de su cuarto, me hizo notar un cuadro de pequeñas dimensiones que me suplicó descolgase y le trajera.

Así lo hice, y entonces pude ver que contenía una estampita representando á María como Madre del Amor hermoso.

Yo no sé lo que iria á decirme Julio, que despues de haber acercado sus labios á aquella imágen, dirigióme sus ojos, y comenzó una frase.

Pero en aquel momento la luz que en un extremo de la habitacion habia, proyectó una sombra en la alcoba, y una persona se adelantó con leve paso, pronunciando á media voz mi nombre.

Julio se sonrió dulcemente, y murmuró con un acento que no acierto á expresar, aunque lo guardo perfectamente en mi memoria:

—¿Ves? llamo á la una y vienen á mí las dos. Casi siempre me sucede lo mismo.

Efectivamente, era su madre la que se aproximaba.

No eran más allá de las tres, pero clareaba ya, y la buena señora corria á saludar á su hijo enfermo.

¿No os parece, amables lectores míos, que despues de lo que acabo de referiros se puede muy bien afirmar que María es por excelencia el *Amor de los amores*?

F. LUIS OBIOLS.